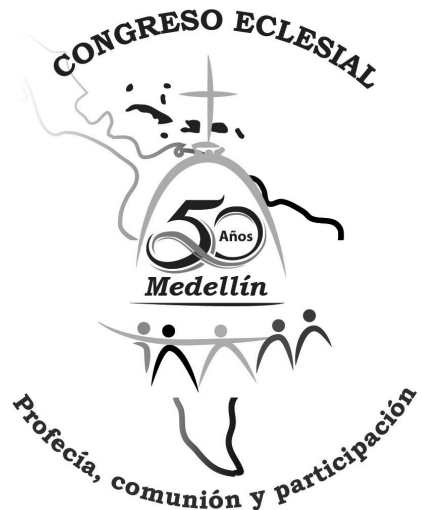


Los signos de los tiempos en América Latina hoy

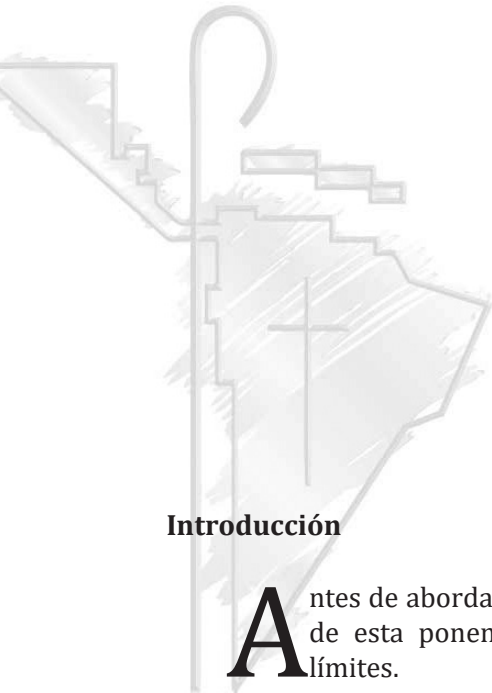
Excmo. Mons.

MARCOS McGRATH

*Segundo Vicepresidente del CELAM
Obispo de Santiago de Veraguas, Panamá*



Medellín - Colombia,
23 al 26 de agosto de 2018



Introducción

Antes de abordar, con toda modestia, el ambicioso tema de esta ponencia, conviene definirlo y precisar sus límites.

Para el lenguaje bíblico, el término “signo de los tiempos” es escatológico —es nada menos que un presagio del fin del mundo y de la segunda venida del Señor. La Encíclica “Pacem in Terris” lo usó en otra forma, más actual; y, después de las debidas vacilaciones, el Concilio, en la Constitución sobre “La Iglesia en el Mundo de Hoy” adoptó el término en este nuevo sentido. En las actas de la Comisión redactora se encuentran los debates que precisaron este sentido, en el contexto de la Constitución¹

Los “signos de los tiempos”, para *Gaudium et Spes*, son en sí aquellos grandes hechos, acontecimientos y actitudes o relaciones que caracterizan a una época. Proyectan su significado sobre dos niveles. Revelan al estudioso las corrientes subterráneas —las causas y los efectos de los eventos, como también las esperanzas y preocupaciones de los hombres. Quien los comprende, puede intuir y palpar con su espíritu la corriente dinámica de su tiempo, vale decir la historia que vive. Así, también, podrá mejor influir en ella.

El creyente trata de intuir más a fondo. Creyendo en la historia de la salvación, que se plasma en la historia del mundo, él se esfuerza para ver a través de estos signos y las corrientes temporales que

¹ Cf. También M. D. CHENU, O. P. *Les Signes des Temps*, Nouvelle Revue Théologique, Enero, 1965. Este artículo muy oportuno sirvió para aclarar el sentido que se daría a este término en *Gaudium et Spes*.

revelan, al espíritu de Dios obrando en “el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia la caracteriza”. Esto lo ha de hacer la Iglesia escrutando “a fondo los signos de los tiempos e interpretándolos a la luz del Evangelio”. Para qué? Para entender mejor al corazón del hombre de este tiempo; y así mejor servirle respondiendo con la palabra del Señor, en el acento de hoy “a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas” (GS, 4).

Gaudium et Spes siguió este método —que por lo demás caracteriza a la mayoría de los documentos de este Concilio. El método encierra dos aspectos, ambos implícitos en el Evangelio, y fuertemente acentuados por el Concilio. Primero, concentra su atención en el hombre— en su situación real, que todo en este mundo, incluso la Iglesia, ha de estar al servicio del hombre. No solo debemos repetir con el Señor que “el sábado es para el hombre y no el hombre para sábado” (Me 2,27); y con nuestra teología moral, que “los sacramentos son para los hombres”. *Lumen Gentium*, en su primer número, afirma sencillamente que la Iglesia es para los hombres. No es un fin para sí misma. Su origen y su fin están en Dios; es un medio para llevar a los hombres a ese fin: la Iglesia “es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” en el mismo Dios (LG, 1)².

Este método, este fuerte acento en una Iglesia servidora del hombre, en su condición actual y real, ha dictado la orientación de esta Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Esta Conferencia como el Concilio, “no puede dar prueba de mayor solidaridad, respeto y amor a toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos (sus) problemas, aclarándoselos a la luz del Evangelio y poner a disposición del género humano el poder salvador que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador” (GS, 3).

² Es evidente que este texto y nuestra explicación se refieren a la Iglesia como institución “sacramento universal de salvación” (LG, 48). En este sentido ella es medio. La Iglesia puede considerarse, en cambio, como “la nueva creación” de todo en Cristo. En este sentido se convierte en meta del plan salvífico de Dios (Cf. Ef 1,20-23).



La Iglesia “acomodándose a cada generación” (GS, 4) ha servido al hombre del pasado. El Concilio cristalizó el ingente esfuerzo de la Iglesia de acomodarse a esta generación: y nos invita a nosotros, ahora en América Latina, a que sigamos su ejemplo (GS, 91). Esta Segunda Conferencia General es la ocasión providencial para unirnos en este esfuerzo. Comenzamos, como nos lo indica el Concilio, escrutando los signos de los tiempos en América Latina; luego los consideraremos a la luz del Evangelio; y finalmente trazaremos de esta confrontación algunas proyecciones pastorales para el servicio salvífica de nuestros pueblos. Quizá es poco lo que lograremos esclarecer en estos quince días: pero el hecho de encontrarnos tan seriamente en esta actitud es ya una enorme lección aprendida del Concilio. Nuestra preocupación ha de ser evangélica, por lo mismo que es actitud de la Iglesia. Nuestra preocupación no es por la Iglesia aparte del hombre, sino que es la preocupación de la Iglesia por el hombre. “Es la persona del hombre la que hay que salvar. Es la sociedad humana la que hay que renovar. Es, por consiguiente, el hombre; pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, quien centrará las explicaciones (discusiones y conclusiones)” que van a seguir (GS, 3) durante todos estos días.

Cabe señalar que todo signo es ambiguo —en cuanto a la realización de su significado en concreto, depende del libre albedrío de los hombres, a menudo desvirtualizado por el pecado. Los signos que abajo señalaremos— el cambio, la valorización de lo temporal y el enfoque mundial deben significar realidades positivas de progreso, aprecio por la creación y mayor unidad entre todos los pueblos. Pueden, sin embargo, distorsionarse —en la práctica— hacia la anomía, el rechazo de Dios y la imposición de valores sin respeto por la cultura individual o regional. Esta ambigüedad de estos signos explica por qué pueden ser tan distintamente interpretados, a veces, por distintas personas.

En fin, es importante también destacar que el hecho de distinguir y escrutar los signos, aunque su significado no sea de por sí novedoso, aporta algo nuevo. Provoca la toma de conciencia de valores que antes existieron pero que ahora se perciben con mayor claridad. Así por ejemplo, “el enfoque mundial” de hoy hace resaltar más la necesidad de justicia entre las naciones. El valor mismo no

es nuevo; pero la toma de conciencia de él sí lo es —y como tal requiere una respuesta nueva y clara de nosotros. Es así, que los signos de los tiempos nos llevan a decir cosas nuevas del Evangelio — no en cuanto a él mismo, pero sí respecto de sus aplicaciones. Así también, diremos cosas nuevas para la pastoral aquí en estos días, al responder a las situaciones que los signos de hoy en América Latina nos revelan.

Los grandes signos

Muchos han descrito la realidad latinoamericana. Abundan los estudios elaborados por agencias técnicas (nacionales e internacionales, públicas y privadas). Institutos de investigación socio-religiosa (FERES, CIAS y otros), en sus publicaciones, han ilustrado especialmente el significado de la religión y de la Iglesia en las diversas situaciones del continente. Muchas de las reuniones del CELAM en este último tiempo han producido admirables documentos que suelen comenzar con la descripción del área pastoral de América Latina, objeto de la reunión: la educación, las universidades, situaciones misioneras, los medios de comunicación, los problemas de desarrollo e integración, etc.

En fin, las cartas pastorales de varias de nuestras Conferencias Episcopales, utilizando estos estudios, insisten en el esfuerzo de escrutar los signos de nuestro tiempo, mediante el indispensable conocimiento del mundo en que vivimos.

Ante estos numerosos documentos, nuestro esfuerzo ahora se limitará a pulsar ciertas líneas fundamentales y señalar algunos de los signos más evidentes e importantes que nos ayuden en los trabajos de esta Conferencia General. Hemos de suponer todos los matices necesarios, muchos de los cuales se detallan en los documentos ya aludidos.

Al señalar algunos signos principales de este tiempo en América Latina, hemos seguido la orientación del Concilio, fruto de un análisis cuidadoso de estos tiempos, enriquecido, en lo que toca a nuestro continente, por orientaciones dadas por S. S. Pablo VI y por muchos de los documentos a que nos hemos referido arriba, además de las muchas discusiones tenidas en reuniones del CELAM indirecta o directamente preparando esta Conferencia General.



Primer signo: el cambio

“El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador; pero recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para con las realidades y los hombres con quienes con vive. Tan es esto así, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redunda también sobre la vida religiosa” (GS, 4).

“La América Latina presenta una sociedad en movimiento, sujeta a cambios rápidos y profundos. Estas transformaciones son evidentes, en primer lugar en la acentuada expansión demográfica que a juicio de los expertos, con el ritmo actual a fines del siglo llevará a la población latinoamericana a más de 500 millones. Este solo fenómeno repercute con graves consecuencias en todos los sectores de la vida y de modo especial alarma al Pastor, quien se pregunta qué puede hacer en concreto la Iglesia para acoger en su seno y encaminar hacia una vida verdaderamente cristiana a los nuevos hijos —y son millones— que cada año se añaden a su numerosa grey. En el Pastor se determina una primera actitud: defender lo que existe; pero esto no basta, ya porque lo que existe no es adecuado a toda la población y a todas las necesidades; ya también porque aún lo que existe está compenetrado y arrastrado por el movimiento y por la transformación” (Exhortación Apostólica de S. S. Pablo VI al Episcopado Latinoamericano, 24 Nov. de 1965).

“La situación de cambio que atravesamos, nos exige actitudes nuevas para una reforma urgente, global y profunda de estructuras. La presencia de nuevos problemas y planteamiento de problemas antiguos constituyen un verdadero desafío; pero en el plano de la providencia se alzan como signo de los tiempos que reclaman imaginación, audacia y trabajo en colaboración para una adecuada solución” (Documento de Trabajo Segunda Conferencia General del Episcopado. Realidad Latinoamericana 1.4).

Durante la redacción de *Gaudium et Spes*, se interrogó sistemáticamente a Obispos y peritos de todos los sectores del mundo. A la pregunta, ¿Qué es lo que más caracteriza a su país o

región?”, invariablemente la respuesta, bajo una u otra forma, fue la misma: *el cambio*.

Fue así que la “Exposición Preliminar” de *Gaudium et Spes*, al describir la “situación del Hombre en el Mundo de Hoy”, partió de este hecho: el cambio. Valdría la pena volver a leer esta descripción que presenta tan exactamente este primer gran signo de nuestro tiempo en lo que tiene de común a todos los pueblos del mundo.

Siempre hay cambio. “Vivir es cambiar”, decía Newman; y “vivir mucho es haber cambiado a menudo”. Pero nunca han sido tan rápidos y radicales los cambios como son los de hoy. Ya han colocado al hombre “en un período nuevo de su historia” (GS, 4); y podemos suponer que este período recién comienza; que los cambios por venir serán más extraordinarios que todo lo que hemos ya vivido.

Solo hemos de pensar en los cambios más evidentes: en transportes y comunicaciones, en medicina y agricultura, en industria y comercio, hasta en la guerra misma. La rapidez de estas transformaciones no nos debe escapar. Se ha dicho con toda seriedad que la medicina hasta hacia mediados del siglo pasado mataba más o menos al mismo número de pacientes que los que salvaba. De ahí repentinamente arrancó hasta llegar a las maravillas que hoy realiza y que promete para mañana. Se puede señalar en cada ciencia y técnica moderna, la persona, el descubrimiento o la circunstancia que marca el punto de arranque de su progreso actual. En general, los historiadores señalan como raíz de todo este vertiginoso desenvolvimiento el método científico y la búsqueda de nuevas técnicas, que después de 1800 se fueron asentando en Europa y de ahí difundióse a través del occidente y de todo el mundo. La ciencia, como recolección sistemática de las observaciones sobre el mundo hacia un mejor entendimiento de su funcionamiento; la técnica como búsqueda sistemática de las invenciones para tornar; el mundo al servicio del hombre; estos dos métodos revolucionaron el mundo y nuestra vida en él.

Hemos hablado del “cambio” como hecho sin referimos mayormente al contenido de ese cambio todavía. Por eso, lo dicho es un “signo” común de nuestros tiempos. En América Latina en el



cambio visible, rápido y radical. A pesar de que grandes sectores de nuestra población, sobre todo rural, vive casi al margen de muchos aspectos del cambio; sin embargo se extiende cada día más hacia ellos mediante el proceso de urbanización y mediante los medios de comunicación. Con todo, es obvio que los cambios que a diario se operan en los países más desarrollados del norte son más radicales, y las nuevas técnicas que ahí progresan en ritmo geoméricamente acelerado preparan cambios más sorprendentes para aquellos países en el día de mañana, cambios que tarde o temprano afectarán también a nuestros pueblos. Estos cambios, a medida que nos afectan en América Latina producen mayor choque personal y social, por lo mismo que vienen de afuera y caen en pueblos poco preparados para recibirlos y orientarlos.

Este es, pues, un gran signo de nuestros tiempos, quizá el principal: el **cambio**. Qué exige de nosotros, los hombres de hoy? Primeramente, tomarlo en cuenta. Estudiarlo, calcular sus efectos presentes y futuros, exteriores e interiores, en los hombres. Apreciarlo en sus grandes logros; **entenderlo para ayudar a encauzarlo**. Apreciar lo tremendamente interesante y prometedor de nuestros tiempos; y, paradójicamente, como lo señala *Gaudium et Spes*, los terribles desajustes y fallas materiales y espirituales en lo que el cambio moderno parecería más prometedor: bienestar libertad y no, sino , justicia, desarrollo integral y paz exterior e interior para todos los hombres (GS, 4).

Pero una tremenda inseguridad pesa sobre los hombres —de hoy— por el impacto del cambio; y lo imprevisto del porvenir en esta época de la guerra atómica. Mientras tanto, la guerra del Vietnam, la invasión de Checoeslovaquia, las violencias locales nos sangran, desvirtúan nuestras fuerzas constructivas volcándolas hacia la mutua destrucción, y minan la confianza de muchos en la capacidad razonable de los hombres, en conjunto, de aplicar las maravillosas potencias de hoy a la solución de problemas humanos y sociales que a diario en muchas partes de América Latina y del mundo, en la urbe y el campo, se vuelven más duros, más complicados, más difíciles de solucionar.

Al mismo tiempo crece en algunos la desconfianza en lo tradicional, y en las instituciones recibidas del pasado. Los cambios

actuales desubican a muchas personas y grupos; agudizan el contraste de valores entre las generaciones, creando conflictos y rechazos entre ellas; y tienden a poner en duda el valor mismo de la tradición y de lo tradicional. Antaño, durante siglos y milenios imperaba la fuerza de las tradiciones y la autoridad de los mayores como depositarios de ella. En todos los aspectos de la vida, de padre a hijo, se transmitían, básicamente, los mismos valores, y los mismos métodos de trabajo, tan ligera o accidentalmente modificados que lo importante era más lo tradicional que lo nuevo. Ahora son menos las tradiciones que conservan su valor. Se mira menos hacia el pasado. Es la nueva invención o la nueva idea que atrae, se mira hacia el futuro —con cierto interés— con esperanza y con miedo.

Todo esto produce reacciones muy diversas. Algunos, quizá la mayoría, se desentienden de toda cuestión de fondo y se contentan con buscar la seguridad cómoda del bienestar material que vende la civilización actual a quien la puede comprar. Otros confundidos con una situación de aparente “anomías” (falta de ley o de norma), toman actitudes contrarias. Los unos, alarmados por lo que les parece negativo, imprevisible o peligroso del cambio, se resisten a todo cambio, especialmente en el orden social, aferrándose a las tradiciones en que fueron formados. Los otros, especialmente entre los jóvenes se levantan contra este “inmovilismo”; y a veces terminan por oponerse a toda institución o valor que les parece ser el mantenimiento del “statu quo”. Los que buscan un camino medio a menudo terminan por disgustar a ambos extremos.

En América Latina, estas actitudes se definen principalmente en torno al problema social —llámese “promoción humana”, “desarrollo”, “revolución”, etc. Evidentemente, para nosotros, se plantea toda la urgente tarea del cambio de estructuras injustas a que se refieren los documentos conciliares, las encíclicas y muchas cartas pastorales. Esto se verá concretamente cuando, en estos días, se abarca el campo de la promoción humana. Por ahora es importante notar que las diversas actitudes frente al cambio existen en forma parecida también en otros países más desarrollados, a veces en torno a “problemas sociales”. Pero otras veces sin relación a ellos. Es una crisis de descontento que se plantea sobre todo entre los grupos más sensibles, como es la juventud, respecto a



los líderes, a los valores y a las instituciones existentes, que les parecen incapaces de resolver las situaciones críticas que ellos han inducido.

Esta crisis —que parece ser el parto doloroso de una nueva civilización³— también afecta a la Iglesia; y no podría ser de otra manera. La Iglesia que se “siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (GS, 1) participa en sus miembros, nosotros, de la inseguridad que caracteriza a estos tiempos de transformaciones. El esfuerzo del Concilio Vaticano II de “aggiornamento” de poner a la Iglesia “al día”, al abrir simbólicamente las puertas y ventanas de la Iglesia, lo ha llenado de los vientos del cambio, inciertos, y a veces ambiguos de este tiempo. Pero de no ser así, dejaría de ser “solidaria” de este momento de la historia de los hombres. Debemos vivir no solo las “esperanzas” sino también las “angustias” de nuestro tiempo (GS, 1).

Muchos miran a la Iglesia para que los oriente en la presente encrucijada. Como “Madre y Maestra” es su deber no faltar a esta esperanza sobre todo en América Latina, donde sus responsabilidades históricas y actuales son aún más graves. Pero ¿cuál ha de ser la actitud de la Iglesia frente a cambios en su propia comunidad? ¿Cuál ha de ser su actitud frente a cambios en el mundo? Son cuestiones diversas; aunque íntimamente conexas. La primera plantea una noción a la vez fiel y creadora de “Tradición” apostólica y eclesial. La segunda, exige, conceptos claros sobre el modo de presencia de la Iglesia en el mundo comprometida como servidora, pero libre de toda atadura y fiel a su misión religiosa. Ambas colocan de lleno el tiempo en que vivimos en el contexto dinámico de la historia humana y de la historia de la salvación; y sobre todo en esa misteriosa compenetración de ambas que es la realidad existencial de nuestra vida (GS, 40).

No compete a esta presentación de los “signos de los tiempos” entrar en su análisis teológico. Sin embargo, cabe señalar, como mera observación, lo siguiente. Todos los temas pastorales de estos días, en torno al gran tema central “La Misión de la Iglesia

³ Algunos autores prefieren hablar de la “postcivilización” para describir a la nueva época que se inicia.

en la actual transformación de América Latina”, tocan uno u otro aspecto de esta problemática pastoral de “la Iglesia y el cambio”. Es bueno recordar que los cambios existen, con o sin la Iglesia. Ella mejor que nadie con su sentido de la historia de los hombres y de la revelación, puede darles su perspectiva histórica. Ella, con conciencia clara de su propia misión religiosa y sobrenatural, puede garantizar un sentido de valores permanentes, tanto sobrenaturales como naturales. Ella con su decidida fe en el hombre como “imagen de Dios”, rechaza los fatalismos e insiste en la misión de los hombres de controlar al mundo y su historia en lugar de sucumbir a la historia⁴. Ella puede insistir en la pedagogía del cambio. No todos sienten los cambios actuales de la misma manera: nuestras masas marginadas, menos por ejemplo, que los jóvenes profesionales. El desarrollo en todo orden —en lo religioso como en lo económico-social— ha de proceder del hombre para que sea auténtico. Requiere la capacitación del hombre y de los grupos sociales, como factor fundamental, para que comprendan y participen en su propio desarrollo⁵. La fe de las élites, por ejemplo, ha de respetar la fe de las masas; ayudándoles a que se superen, sin imponerle arbitrariamente su gusto y su ritmo de cambio. Los cambios que debemos favorecer, pregonar y hasta provocar, urgen: y algunos han de ser rápidos y profundos si queremos responder a las necesidades patentes de la época. Pero al insistir en este aspecto, tanto el Concilio como el Papa Pablo VI nos recuerdan que no deben ser bruscos, sino progresivos y graduales —no quemando etapas, sino dando un paso tras otro. ¿Por qué? Precisamente para que los

⁴ “Sin querer empeñarse en la imposible quimera de reconstruir un mundo irremediadamente desaparecido, nadie debería dejarse llevar por la corriente impetuosa y tumultuosa de los acontecimientos desencadenados, como si su fuerza fatal fuera suficiente para renovar la sociedad y cambiar al hombre. Si la evolución del mundo ha sido orientada por la providencia creadora de Dios hacia el maravilloso despliegue de vida que conocemos, es al hombre a quien corresponde dirigirlo todo, según este designio de amor” (Cf. Gn 1,28) (Carta del Card. Cicognani, en nombre del Papa Pablo VI, a la Semana Social de Francia, 12 de Julio, 1968). (Cf. Mater et Magistra, 82, pp. 14-16).

⁵ “Ayudar a cada uno a tener plena conciencia de su propia dignidad, a desarrollar su propia personalidad dentro de la comunidad de la que es miembro, a ser sujeto consciente de sus derechos y de sus obligaciones, a ser libremente un elemento válido de progreso. económico, cívico y moral en la sociedad a que pertenece: esta es la grande y primordial empresa, sin cuyo cumplimiento, cualquier cambio repentino de estructuras sociales sería un artificio vano, efímero y peligroso”. Discurso del Papa Pablo VI en el Congreso Eucarístico de Bogotá, viernes, 23 de Agosto, 1968.



hombres y grupos afectados comprendan y participen en su propio cambio y desarrollo. Esto, en ningún caso, quita la urgencia de los cambios rápidos y radicales que los tiempos exigen⁶.

La Iglesia puede y debe hacer todo esto, renovándose siempre para poder contribuir a que la transformación de América Latina sea positiva, humana y cristiana, según esa “visión global del hombre” (GS, 11-22) que ella ha de dar; según ese “humanismo cristiano” (PP) que ella ha de vivir. ¿Pero, cómo?

La respuesta a esta pregunta —el “cómo” del cambio en y por la Iglesia— es fundamentalmente lo que hemos de aclarar para la Iglesia de América Latina durante estos días: en principios y criterios generales, y en los campos particulares de nuestros debates —promoción humana, evangelización y la Iglesia visible.

Dentro de la Iglesia se podrán notar las tres actitudes anotadas arriba frente al cambio actual —actitudes que se ven entre los líderes de cada sector del mundo moderno: el inmovilismo, el cambio descontrolado y el serio esfuerzo de entender y encauzar los cambios. Evidentemente, todos quisiéramos caracterizarnos por la tercera actitud; pero si no entendemos bien lo que significa, en principio y en la práctica, fácilmente caemos en una u otra de las primeras actitudes, o, paradójicamente, en ambas.

Podemos encontrarnos en la curiosa situación de quienes urgimos los cambios pedidos por el Concilio en nuestras prédicas y cartas pastorales, pero no los promovemos de hecho en nuestras diócesis y parroquias. No nos acusan a menudo de esto nuestro clero

⁶ Algunos editoriales, con simplismo y superficialidad, interpretaron las palabras de Pablo VI, pronunciadas en Bogotá (véase nota 5) en favor de cambios “graduales”, como si él dijera “lentos”, quitando así buena parte de la fuerza de sus llamadas urgentes al cambio de estructuras. “Gradual” se opone a “abrupto”, no a “rápido”. Así el Papa Pablo VI, en el mismo discurso de la tarde del viernes, como en la mañana, en aquel día dedicado al tema del desarrollo renovó sus llamados al cambio de las situaciones injustas e inadecuadas, recordando repetidas veces a su encíclica *Populorum Progressio*, donde precisamente urge los cambios diciendo “Hay que darse prisa ...” pero con este cuidado “... que la labor que hay que realizar progrese armónicamente, so pena de ver roto el equilibrio que es indispensable” (pp. 29). Véase la misma idea (de un proceso armónico de desarrollo) en *Pacem in terris*, Nos. 161-162.

y nuestros fieles cuando, por ejemplo, después de haber enseñado la necesidad del senado presbiteral y los consejos pastorales no los ponemos en práctica? Puede presentarse también el caso de que recomendamos las cautelas necesarias para la buena conducción de los cambios en cualquier sector, y después permitimos o incluso provoquemos cambios sin la debida cautela. ¿No es esto lo que ocurre cuando hablamos de actuar colegialmente en las grandes decisiones y después procede cada uno a hacer lo suyo en la propia diócesis?

La cuestión no es fácil; precisamente porque no basta con “defender lo que ya existe” (Pablo VI, *Ibid.*). En el pasado el cambio era lento, y paulatinamente alteraban las costumbres e instituciones, *sensim et quasi sine sensu*. El signo del cambio en nuestro tiempo nos enseña a todas luces que ya no es así. Las transformaciones actuales del mundo son rapidísimas y —en un mundo pluralista dominado, además, por fuerzas seculares— afectan inmediata y rápidamente a la Iglesia en todos sus miembros.

De no hacerles frente a tiempo, la Iglesia en sus miembros e instituciones será afectada profundamente por los cambios, sin poder cumplir con su misión de ser “sal de la tierra” y “luz del mundo”, del mundo nuevo que nace de los cambios de estos tiempos.

Hemos de enfrentar la tarea juntos, todos nosotros que somos Iglesia. Tenemos que ayudarnos entre nosotros, los obispos. Ninguno puede enfrentar la enorme complejidad de nuevas situaciones solo, con sus propias luces y con los pocos recursos de que dispone; así también los sacerdotes entre sí y con sus obispos; así también los laicos, en la plena dignidad de sus funciones dentro de la Iglesia. Los teólogos tienen su función importantísima, sujetos al magisterio⁷. Los educadores, los misioneros, los técnicos y los promotores en lo social, los religiosos individualmente y por sus congregaciones. Una autoridad activa en la Iglesia ha de servir, más que dominar⁸; un diálogo entre todos ha de realizarse con respeto por la función y la autoridad de cada uno. Sabemos que todo

⁷ Discurso del Papa Pablo VI en la inauguración de esta Segunda Conferencia General, Bogotá, 24 de Agosto, 1968. El Papa desarrolló la misma idea, más ampliamente, en su discurso a los participantes del Congreso Internacional de Teología, Roma, Oct. 1, 1966.

⁸ Este concepto, muy fiel a la *Diakonía* acentuada por el Concilio (véase p. e. *Lumen Gentium*, 27) ha sido recomendado a los obispos del CELAM por el Papa Pablo VI en varias audiencias que les ha concedido.



esto no es fácil. Lo sabemos por la experiencia. Pero los tiempos exigen que busquemos su realización, para que, como Iglesia respondamos a los cambios y sirvamos a los hombres, a nuestro pueblo, profundamente afectados por ellos.

*Segundo signo: la valorización de lo Temporal
y de lo Personal*

“Una cosa hay cierta para los creyentes: La actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios. Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo a sí la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios como creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo” (GS, 34).

“¿Todo esto y cuánto podríamos aún decir sobre el valor humano del Concilio, ha desviado acaso la mente de la Iglesia en el Concilio hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna? Desviado, no; vuelto, sí. Pero quien observa este-prevalente interés del Concilio por los valores humanos y temporales no puede negar que tal interés se debe al carácter pastoral que el Concilio ha escogido como programa, y deberá reconocer que ese mismo interés no está jamás separado del interés religioso más auténtico, debido a la caridad, que únicamente lo inspira (y donde está la caridad allí está Dios), o a la unión de los valores humanos y temporales con aquellos propiamente espirituales, religiosos y eternos, afirmada y promovida siempre por el Concilio; este se inclina siempre sobre el hombre y sobre la tierra, pero se eleva al reino de Dios” (Alocución de Pablo VI al clausurar el Concilio Vat. II, Dic. 1965).

“La secularización de la cultura, descrita anteriormente, ha incidido sobre la fe y las creencias, provocando una crisis seguida, lógicamente de consecuencias positivas y negativas ...” (*Documento de trabajo* - Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Situación Religiosa, 8.5).

El Proceso de “secularización” —la concentración en valores de este mundo— es ciertamente uno de los grandes signos de este tiempo. El término mismo está sujeto a diversas interpretaciones.

En cuanto significa la exclusión de todo valor extraterrestre termina en el *secularismo*. En cuanto significa para algunos, la disminución de la influencia de lo religioso institucional⁹, en la sociedad, puede implicar laicismo. Pero puede significar también y así lo utilizan muchos autores, la “debida valorización de lo temporal” en el sentido de descubrir el valor intrínseco de lo creado; como también puede entenderse como la progresiva emancipación del hombre de la servidumbre de otros hombres y de la naturaleza.

Los avances científicos y tecnológicos ya señalados, juntamente con la mentalidad del progreso y la insistencia en el desarrollo que les acompañan, nos colocan frente a la necesidad de esta valorización. Este planteamiento (ciencia y religión, progreso y salvación, etc.), es uno de los grandes signos de los últimos siglos.

Durante dos siglos, después del renacimiento, la confrontación tomó la forma de “razón y fe”, y llevó a una apologética de la religión y de la Iglesia, *sub ilumine rationis tantum* que todos hemos conocido en la historia de la teología y en nuestros propios años de formación.

Pero el planteamiento del problema cambia; y así lo demuestra *Gaudium et Spes*. Ante los insignes avances de la ciencia y de la técnica, y las esperanzas ilimitadas que suscitan en la imaginación del hombre la preocupación religiosa por lo ultraterrestre se vuelve para muchos pálida y para otros un obstáculo a la verdadera tarea del hombre aquí y ahora (GS, 19). El capítulo III de la primera parte de *Gaudium et Spes* aborda el problema de frente: ¿Cuál es el valor eterno de “La actividad humana en el mundo”? Toda la primera parte de *Gaudium et spes*, la llamada parte doctrinal, partiendo del concepto mismo de la persona humana, entra a fondo en la respuesta a esta cuestión. Siendo esta la única constitución que aborda explícitamente el “aggiornamento” prometido por el Concilio demuestra que esta es la cuestión teológica fundamental.

La problemática o “signo” de la valorización de lo temporal se plantea en América Latina de dos maneras: una teórica, la otra pragmática. La teórica o científica es la que acabamos de describir

⁹ Cf. PP, 41-42; *Documento de Trabajo*, 12,2 ss.



y es común a todo el mundo científico y tecnológico de hoy. La pragmática es fruto de los muchos cambios que se operan en el continente —expansión demográfica, migraciones a las ciudades, intensificaciones de los problemas de miseria en los campos y en las barriadas, creciente anhelo de mejor bienestar para todos, perseverantes contrastes entre ricos y pobres, tanto individuos como naciones, etc. Todo lo cual hace que la preocupación más típica de nuestros pueblos de hoy no es ni religiosa, ni cultural, ni militar, sino netamente la de su propia necesidad o bienestar temporal. Encontramos con frecuencia en la práctica religiosa, aún cuando ferviente, se lleva sin ninguna relación íntima ni influjo eficaz sobre estas consideraciones predominantemente de orden temporal. Esto se presta a una política o un comercio sin moral, un desarrollo sin significado espiritual y una vida sin auténtica esperanza cristiana¹⁰.

Este “signo” de la llamada secularización, en todos sus sentidos, ha sido muy estudiado. Bastará indicar aquí algunos puntos interesantes en cuanto a su interpretación. A partir de ciertos datos sociológicos algunos teólogos han llegado hasta la llamada “teología de la muerte de Dios”. Cabe señalar, al respecto, que algunos sociólogos acusan a esta teología de haber exagerado o mal entendido la base real de sus elucubraciones. Afirman estos que la “secularización” puede significar en muchos casos una búsqueda de Dios en lugar de un rechazo; significaría el esfuerzo de encontrar a Dios en las cosas y acontecimientos, en la creación, o al menos relacionado con ella, dándoles su sentido, en lugar del concepto de un Dios abstracto, sin significado para los hombres.

De hecho, la “teología de los valores terrestres” que tiene sus antecedentes en las afirmaciones tomistas sobre la autonomía de lo temporal, ha florecido entre los católicos de estos tiempos, y se plantea claramente en *Gaudium et Spes* en forma positiva y cautelosa.

En lo positivo se insiste en el valor real e intrínseco de las cosas, al servicio del hombre; y de la progresiva dominación

¹⁰ Cf. nota 4, y GS, 12.

de ellas al servicio del hombre individual y en sociedad¹¹. Esta insistencia es de grandes consecuencias para la pastoral y para la ascética cristiana. Ella insta a que cada cristiano cumpla a cabalidad su tarea temporal, técnica o profesional, en honor de Dios y en beneficio de los demás; y a que colaboremos con todos los hombres de buena voluntad en el progreso del mundo y al servicio del desarrollo de los hombres. En la ascética, significa una valorización de lo temporal en todos sus aspectos, desde lo intelectual y científico, hasta lo bello y placentero, con especial énfasis en el valor de las relaciones interpersonales, es decir del amor humano. De ahí que se ha provocado una crisis en la vida de oración de muchos, incluso sacerdotes y religiosos, rechazando “devociones” que les parece rutinarias y abstractas, buscando una espiritualidad más “encarnada” en los problemas temporales y más “horizontal”, expresándose a través del amor personal y social. Se busca a Dios en el amor del prójimo. Ciertamente la tendencia es legítima y requiere toda consideración. Las críticas que se hacen de las “devociones” tradicionales —de ser rutinarias, abstractas e individualistas— no carecen de base. El peligro es común en toda transición. Al rechazar las “devociones” llamadas “tradicionales” (rosario, oficio, examen de conciencia, meditación sistemática), no se encuentran otras; la misma meditación bíblica puede terminar en discusión de la Biblia. Se tiende a dejar de lado toda oración personal, con grave peligro para el sentido personal y religioso de Dios en la vida del individuo¹². Es ciertamente un aspecto ascético de la secularización que nos ha de preocupar para que la oración se encarne sin dejar de ser oración.

En lo positivo, también *Gaudium et Spes*, señala que hay una conexión intrínseca entre la construcción de un mundo mejor y el crecimiento del reino de Dios en la tierra, que prepara al mundo que ha de venir. Lo hace con mucho cuidado señalando la diferencia entre el progreso temporal y el reino de Dios, y el misterio que envuelve cualquier conexión entre el progreso temporal y el mundo que ha de venir (GS, 39).

¹¹ Cf. Discurso del Papa Pablo VI, 24 de agosto, 1968: la insistencia en la oración personal.

¹² Cf. *Lumen Gentium*, 39.



Esto plantea la relación entre la teología de la creación y la teología del desarrollo, y la relación de ambos a la teología de la redención. ¿Cómo se ensamblan? Es un campo importante de elaboración teológica para nuestros tiempos, especialmente en América Latina. Ciertamente, hay relaciones, muy importantes; que se deben acentuar. Al mismo tiempo toda simplificación de ellas puede convertir la teología en una especie de sociología, con algunos rasgos bíblicos; y hacer de la Iglesia un órgano más del desarrollo temporal, con horizontes y compromisos que desbordan los límites de los “problemas sociales” de cada lugar y cada tiempo.

Es evidente que la combinación de una oración puramente “horizontal” y un compromiso cristiano puramente temporal, pueden desvirtuar completamente el testimonio y la vida de cristianos.

Finalmente, en lo positivo, *Gaudium et Spes*, insiste no solo en lo que la Iglesia puede atribuir al mundo, sino también en lo que el mundo aporta a la Iglesia. Su contribución es grande. La ciencia con sus explicaciones comprobadas de lo natural, nos permite liberar la revelación de muchos mitos con que los antiguos la revestían, y la práctica religiosa de aspectos supersticiosos. Ella nos ayuda a distinguir más claramente entre religión o “religiosidad” como la búsqueda natural de Dios por el hombre, sujeta a muchos errores y prácticas deformadas, y fe, *cómo* respuesta a la Revelación inerrable de Dios. En el mismo sentido positivo ayudan la historia y la sociología, a entender mejor, por una parte, el contexto de la revelación (por ejemplo, mediante los “géneros literarios”), y las formas comunitarias de vivir la fe (p.e. mayor sentido comunitario, más diálogo, etc., en la Iglesia). El acento histórico de estos tiempos ha ayudado a hacer resaltar el aspecto histórico de la revelación, en la Biblia y en nuestras vidas. La santidad cobra un sentido menos individualista y estático; más comunitario y dinámico¹³. El concepto de verdad, incluso de la verdad revelada, se convierte más en su progresiva adquisición que en la posesión estática de ella según que busquemos y logremos comprender *mejor* lo revelado, con la ayuda de la ciencia, *etc.*, y más aún de nuestra fe y devoción¹⁴. El concepto

¹³ Cf. *Dei Verbum*, 8.

¹⁴ Cf. nota 7, y el discurso inaugural del Papa para el Sínodo de obispos en Roma, 29 de septiembre, 1967.

de persona *se* vuelve menos estático (centro incommunicable de atribuciones), y más dinámico (capacidad de conocimiento y de amor).

Todo esto *es* sumamente positivo, y no podemos dejar de apreciarlo. Al mismo tiempo encierra el peligro de exageración *que* conlleva todo descubrimiento. Esencialmente consiste en supeditar la fe y la vida cristiana a criterios naturales. El Papa Pablo VI ha señalado estos peligros en muchas ocasiones¹⁵. De ser así, no solo dejaría la Iglesia de aportar sus luces y energías al mundo (GS, 42), sino que se vaciaría de sus propios valores basados en la revelación.

El informe de la Comisión Doctrinal del Sínodo de Obispos, convocado en Roma el pasado año, por el Santo Padre, señaló también estos peligros e hizo ver que se complica más por la rapidez de los medios de comunicación. Esto contribuye a que por ejemplo, la hipótesis de algún teólogo, con respecto a la comprensión de algún artículo de fe, a la luz de la ciencia moderna *se* propague por todo el mundo como si fuera ya una adquisición de la Teología y hasta de la misma Fe. De la misma manera esta hace que se transmitan experiencias pastorales que después se imita sin previo esfuerzo de la adaptación a la propia realidad.

Todo lo cual nos indica nuevamente cuán importante es la pedagogía con que todas estas nuevas relaciones entre el mundo y la Iglesia deben considerarse y poder entenderse por los fieles — cada uno según su propia preparación y capacidad. Pablo VI, al final del Concilio, defendió enérgicamente la apertura del Concilio a los logros científicos de este tiempo. De hecho, todo el avance científico y tecno lógico a *que* nos referimos arriba, se origina en gran parte en la misma visión bíblica del hombre como señor de la creación, que debe someterla a su beneficio para la gloria de Dios. Al mismo tiempo, el propio Concilio (GS, 19), y el Papa Pablo VI en repetidas ocasiones han señalado el peligro de un humanismo cortado de Dios, de la revelación y de todo lo sobrenatural.

Esta perspectiva no solo desvirtúa el concepto de las cosas y del progreso sino que también termina por apartarse de la visión bíblica misma en cuanto destruye la base espiritual de la dignidad

¹⁵ Discurso de clausura del Concilio, 7 de Dic. de 1965, No. 14.



y de los derechos del hombre en cuanto “imagen de Dios”. *Gaudium et Spes* describe así esta paradoja: “Nunca ha tenido el hombre el sentido tan agudo de su libertad y entre tanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica” (GS, 4).

En América Latina todo el proceso de “secularización” presenta un aspecto de especial dificultad. Las enormes diferencias de preparación cultural que se encuentra entre los feligreses de un mismo país, de una misma ciudad o de una misma parroquia.

Es menester que nuestras masas sean ayudadas hacia una Fe más pura, menos cargada de supersticiones, que a veces, representan serias dificultades, incluso para su progreso material y social¹⁶. Esta purificación ha de hacerse con carácter urgente, pues no solo es necesaria en cuanto a la Fe misma, sino estos feligreses corren el riesgo de abandonar la Fe completamente, a medida que reciban educación científica. Sin embargo, el cambio ha de hacerse a la medida de su capacidad, si no se les quiere hacer la grave injusticia de quitarles, juntamente con las supersticiones, todo el sentido de unión con Dios que es tan importante y a menudo tan profundo en ellos.

Ciertamente el signo de la valorización de lo personal y temporal es tremendamente importante, y afecta el concepto de la Fe y la Religión de nuestros pueblos, principalmente entre los menos cultos. Afecta el sentido de la presencia de los cristianos y de la Iglesia en todo el desarrollo temporal de nuestros países. Toca, así, a los dos problemas más graves que enfrenta la Iglesia en América Latina en esta hora.

No hay soluciones fáciles. Requiere nuestro estudio conjunto. Requiere la intercomunicación de nuestras experiencias.

La Iglesia, cuya visión del hombre y del cosmos está en la raíz del desarrollo moderno de la ciencia, tiene una gran responsabilidad, y especialmente en América Latina. Debe no solo no rechazar todo

¹⁶ Los ejemplos abundan de campesinos que se fían de oraciones conjuros y “mandas” (promesas a Dios y los santos) para lograr mejores cosechas, etc., y por eso en parte (en esto estriba la dificultad) desconfían de los medios técnicos (abonos, insecticidas, etc.).

lo que la ciencia y la técnica aportan y prometen para los hombres, sino mantener también la visión cristiana del hombre, arraigada en la Fe para que los logros científicos se incorporen en una visión integral del hombre, fundamento del auténtico desarrollo.

Tercer Signo: El enfoque mundial

“Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y la mutua interdependencia e ineludible solidaridad, se ve sin embargo, gravísimamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas” (GS, 4).

“En estos últimos años, en los que aún perduran entre los hombres la aflicción y angustias nacidas de la realidad o de la amenaza de una guerra, la universal familia humana ha llegado en su proceso de madurez a un momento de suprema crisis. Solidarizándose poco a poco, y ya más consciente en todo lugar de su unidad, no puede llevar a cabo su tarea, o sea construir un mundo más humano para todos los hombres en toda la extensión de la tierra, sin que todos se orienten con espíritu renovado a la verdadera paz” (GS, 77).

“Vuestro estatuto va más lejos aún y nuestro mensaje avanza con él. Vosotros existís y trabajáis para unir a las naciones, para asociar a los estados. Adoptemos la fórmula: para unir a los unos con los otros. Vosotros sois una asociación, un puente entre los pueblos. Sois una red de relaciones entre los estados. Casi estaríamos tentados a afirmar que vuestra característica refleja de algún modo en el orden temporal, lo que nuestra Iglesia católica quiere ser en el orden espiritual: única y universal. No se puede concebir nada más elevado en el plano natural, en la construcción ideológica de la humanidad. Vuestra vocación es hacer que fraternicen, no unos pocos pueblos, sino todos los pueblos. Empresa difícil? Sin duda alguna. Pero esta es la empresa, esta es vuestra noble empresa. ¿Quién no ve la necesidad de llevar así progresivamente a la instauración de una autoridad mundial que esté en condiciones de actuar eficazmente en el plano jurídico y político?” (*Discurso de S. S. Pablo VI ante las Naciones Unidas*).

“Esta situación económica tiene también las características de sujeción a los capitales extranjeros, que, en muchos casos, dominan sin control, con una tendencia cada vez de mayor poder, y con muy poco interés de permanencia dentro de los mismos países. Además, el comercio latinoamericano se ve amenazado por su gran dependencia respecto a los países



desarrollados, que compran materia prima en América Latina a bajo precio y le venden productos manufacturados, necesarios para el desarrollo, a precios cada vez más elevados. La falta de integración continental y de solidaridad de miras para presentarse frente al mundo desarrollado, hace más difícil el proceso social y económico de nuestros pueblos” (*Documento de Trabajo* —Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano— Situación Económica 3). (La reunión de Laicos representantes de A. L. que tuvo lugar en Lima, Perú, en Julio de este año, criticó justamente a nuestro Documento de Trabajo por no darle suficiente realce al “enfoque mundial” de todos nuestros problemas. Véase Documento de esa Relación, Departamento de Apostolado de los Laicos).

Hasta hace poco más de un siglo la Iglesia, en Europa mostraba varias tendencias de constituirse en Iglesias “nacionales” —galicismo, febronianismo, josefinismo, etc. El Concilio Vaticano I afirmó contra estas tendencias la primacía del Pontífice Romano como principio unificador de la Iglesia. Aún después de ese Concilio, varios escritores católicos representaban un concepto limitado de Iglesia al insistir en una noción de “Europa es la fe y la Fe es Europa”.

En el Concilio Vaticano II aparece con nitidez y brillo la misión universal de la Iglesia para con todos los hombres; en evidente correspondencia (Cf. LG, 1) a uno de los signos más claros de estos tiempos: la creciente interdependencia de todos los hombres y de todos los pueblos. El Santo Padre Pablo VI exaltó dramáticamente la tendencia y el anhelo de todos los hombres hacia la unidad en su discurso ante los delegados de las Naciones Unidas. Al mismo tiempo señaló clara y valientemente la misión unificadora y universal de la Iglesia (Cf. arriba).

La fuerza de este hecho es enorme. La doctrina judeo cristiana, reflejando la visión bíblica, siempre ha pensado en los hombres como partícipes de un solo género humano y un solo plan salvífico de Dios. Sin embargo, solo ahora, en nuestra generación, se han unido los hombres con tantos lazos de comunicación, viaje, comercio, política y cultura, que se puede hablar realmente de la posibilidad de una verdadera unidad física y moral de todos los hombres. Si el descubrimiento de las Américas presentó a los teólogos de entonces una nueva problemática en torno a la salvación de todos

los hombres; también la presente y creciente interdependencia de todos los pueblos sobre la faz de la tierra plantea una serie de nuevas esperanzas y de nuevas cuestiones.

Hemos hablado de la interdependencia de los hombres: y lo hemos hecho adrede, porque la unidad de todos los pueblos y de todas las naciones ha de realizarse dentro de las relaciones de justicia, de igualdad fundamental y de respeto por la debida autonomía de cada pueblo y de cada cultura.

Estamos todavía lejos de ese ideal. Precisamente la desigualdad aguda y creciente entre los países ricos y los países pobres, entre los países tecnificados y los que están en “vías de desarrollo”, constituye para el Papa Juan XXIII (*Pacem in Terris*) el principal problema social, de nuestros tiempos. El Papa Pablo VI, ahondando en el mismo tema, nos ha trazado en *Populorum Progressio* algunas de las exigencias mayores que plantea esta situación.

Las consecuencias económicas, políticas y militares de esta situación son conocidas y serán objeto de consideraciones durante estos días. Conviene que recordemos también las consecuencias culturales y religiosas. La aparición de nuevas fuerzas y estructuras, de orden económico, social y político, trae consigo una avalancha de nuevas situaciones sociales y de nuevos valores culturales, propagados sobre todo por los medios modernos de comunicación, que fácilmente pueden desconcertar una tradición cultural existente sobre todo si carece de suficiente fuerza y cohesión interna como para saber enriquecerse de lo ajeno sin perder su propio valor y consistencia. Este es especialmente el peligro, que según muchos, se cierne sobre América Latina. Por lo mismo precisa que nosotros comprendamos mejor cuáles son nuestros valores propios y cristianos para poder preservarlos y enriquecerlos.

El alcance de este signo del “enfoque mundial” requiere seria y muy equilibrada consideración. Por una parte es claro que América Latina en estos años, por primera vez, emerge como un bloque de naciones de cuya suerte depende mucho el futuro de todas las naciones del mundo —precisamente en la resolución de la crisis planteada entre los países desarrollados y los países en vía de desarrollo. Esto no solo, por el número de nuestros países y



sus habitantes y el volumen de su comercio, sino también por ser América Latina el único sector de los países en vía de desarrollo que comparte con Europa y Norteamérica una tradición y cultura secular de índole occidental y cristiana.

También, dentro de lo positivo, hay que señalar como lo hace el Papa Pablo VI (PP, 7), los enormes beneficios traídos a nuestros países por la ciencia y la técnica que nos ha venido y que nos sigue llegando desde los países del Norte.

Al mismo tiempo, se nos plantea los graves problemas de justicia internacional que tanto conocemos y que el Santo Padre ha expuesto con tanta lucidez y con tanta urgencia. Ciertamente pesan gravemente sobre nosotros y condicionan todo nuestro esfuerzo propio para el desarrollo.

Profundamente dependientes de factores situados más allá de nuestro hemisferio y de nuestro control, surge rápidamente en América Latina la idea y el programa de “integración” de nuestros países en el plano regional o continental.

Surge también a menudo, el nacionalismo, como medio psicológico y social para hacer frente a las influencias extranjeras que se sienten en cada país.

Es evidente que la Iglesia en América Latina necesita y agradece la ayuda que recibe de afuera. Al mismo tiempo experimenta el peligro que señalamos arriba, al hablar de influencias culturales extranjeras; a saber, de no poder asimilar estas personas y su ayuda dentro de una Iglesia local, consciente de sus propios valores y los rumbos pastorales que deben seguir. La responsabilidad es mayormente nuestra.

Es grave y difícil, sobre todo donde y cuando la mayor parte del clero y de los religiosos provienen de varios países, y traen cada uno su propia formación cultural y religiosa. Lograr una pastoral de conjunto, apropiada al país y al pueblo, no es fácil en estas circunstancias. Lo mismo ocurre en cuanto a lo que se escribe afuera en Teología y Pastoral. Necesitamos saber adaptarlo, en su comprensión y aplicación, a nuestras circunstancias.

Conclusión

Podrían haberse escogido otros entre los grandes signos de los tiempos en América Latina hoy, pero según los documentos arriba aducidos, irían a describir las mismas realidades bajo aspectos y con términos más o menos diferentes.

Cualquiera diría, a primera vista, que el gran signo de los tiempos en nuestro continente es la preocupación por el desarrollo; y tendría razón. Pero este es un signo compuesto, resultado de los otros que hemos señalado y solo comprensible a la luz de ellos. Debería señalarse, también, dentro del problema del desarrollo, el egoísmo de ciertos grupos privilegiados que se cierran, en beneficio de sus prerrogativas, a los cambios socio-económicos más necesarios. También se podría señalar el concepto y ejercicio de la política, en muchos de nuestros países como prerrogativa de la minoría, en su beneficio, y frecuentemente con corrupción por parte de gobernantes y funcionarios ya sea enriqueciéndose, ya sea para mantener su poder mediante la compra de apoyo. También podría señalarse aquel militarismo que pretende mantener el orden, con la preservación simultánea a menudo del *'statu quo'* que produce recelos entre los países y provoca a una carrera armamentista, contra signo de unidad y despilfarro de los bienes que deben dedicarse al desarrollo de los pueblos.

Todos estos aspectos, sin embargo, se comprenden mejor como manifestaciones de una sociedad que no ha podido ajustarse en sus actitudes sociales y políticas a las nuevas exigencias del tiempo. La rapidez y profundidad de los cambios que afectan nuestros pueblos son el proceso histórico en que estas deficiencias han de entenderse; la creciente valorización de lo temporal caracteriza a la nueva situación, y el enfoque mundial es el marco nuevo y total que la acondiciona.

Todo el ajuste necesario a esta nueva situación envuelve una serie de situaciones y valores humanos y sociales tan nuevos que requieren una predicación y comprensión del Evangelio capaces de orientar a todo cristiano sincero, sea cual fuere su clase o situación social. Es necesaria una tarea evangelizadora ingente por parte de la Iglesia, para que la vida cristiana pueda cobrar su pleno sentido



en una situación tan cambiante, y pueda contribuir al concepto integral del desarrollo que ha de animar a la nueva civilización y cultura que ahora se está forjando en América Latina.

Bajo cierto aspecto estamos en un momento ventajoso. El Papa Pablo VI nos lo ha insinuado al decirnos en una ocasión que deberíamos aprender a tiempo del error de los países ya técnicamente desarrollados que no supieron en el debido momento infundir en sus nuevas economías y estructuras ese “suplemento del alma” que ahora tanto les hace falta.

Sin embargo, nadie puede dudar de la urgencia social que los signos señalan para América Latina. El concepto mismo de desarrollo, además de la preservación de valores morales esenciales, aconsejan un proceso gradual de cambio, en tanto cuanto no es impuesto de fuera, sino realizado por sus propios beneficiarios a saber, todos los hombres y grupos sociales, capacitados y activamente estructurados.

Pero este proceso no ha de ser pasivo ni temido. Ha de ser enérgico y realizarse lo más rápido posible, si no ha de empeorarse más la situación y si no han de desesperar nuestros pueblos. La Iglesia, en sus obispos y en todos los miembros, siguiendo el ejemplo y palabra del mismo Santo Padre ha de denunciar claramente los males existentes. De este modo la Iglesia levanta las esperanzas de los millones que sufren. Pero a la palabra ha de seguir la acción; de no ser así, y en cuanto no lo sea, se destruye esta esperanza, una de las últimas que queda para muchos.

Es preciso que la Iglesia comprenda bien su misión y no pretenda más de lo que puede y debe cumplir. Puede despertar las conciencias y formarlas e indicar los caminos más obvios de la acción que precisa. Puede, mediante sus propios institutos de investigación social y socio-religiosa, demostrar la necesidad de la investigación y la planificación. Puede, mediante estos institutos y sus obras animar a un concepto y una acción que favorezca al desarrollo integral de nuestros pueblos y nuestros países. Puede contribuir decididamente a la formación humana, espiritual y técnica de los líderes en todos los niveles para este desarrollo. Puede y debe incluso, donde precisa y donde le es posible, promover, en colaboración con otras fuerzas sociales, todas aquellas obras

de promoción y desarrollo que pueden servir de muestras y de incentivos para todo el proceso.

La Iglesia, por sobre todo, ha de intensificar su propia tarea evangelizadora en todos los niveles, sin lo cual el desarrollo aún de los cristianos mismos rápidamente carecería de su sentido humano y cristiano.

Todos los signos señalan la urgencia de estas tareas que han de discutirse durante estos días. De hecho muchos en la Iglesia de América Latina, obispos y otros, ya las están cumpliendo; pero todavía demasiado pocos y con escasos resultados, muy distante de lo que nuestras palabras, en excelentes cartas pastorales y documentos conciliares podrían prometer. Hemos de animarnos mutuamente a la acción. El peor error en estas circunstancias dijo el Papa Pablo VI en un *obiter dictum* en la famosa audiencia del 24 de noviembre de 1965, sería de no hacer nada.

La mayor confianza que requieren nuestros pueblos es la confianza que nosotros debemos demostrar en la providencia de Dios, Señor de la historia. Si es difícil interpretar los signos de estos tiempos es más difícil aún prever los del futuro e interpretar su significado. Pero sabemos que El puede surtir de todo evento buen efecto, mucho más allá de todo lo que podría prever la imaginación y la industria humana; si ponemos de nuestra parte. “A Dios rogando y con el mazo dando”.

Terminemos con la exhortación del Papa Pablo VI :

“Para una actividad de este género sería nocivo caer en un estado menor de temor y de desconfianza que desarma y quita aún a los mejores hombres el impulso requerido para un arduo trabajo constructivo. La Iglesia debe tener confianza en sí misma y debe saber infundir valor y confianza en sus hijos, ministros de Dios y fieles, recordándoles que *arma militae nos trae non carn alia sunt, sed potentia Dei* (2Co 10,4). El momento es propicio: El Concilio Ecuménico ha suscitado un fuerte despertar de energías que hay que saber alimentar y poner en acción. Ha producido una esperanza ardiente en el público que es preciso no defraudar” (Exhortación Apostólica al Episcopado Latinoamericano, 24 de noviembre de 1965).



La Iglesia de América Latina es un potente signo de estos tiempos, quizá, para muchos, también, un signo ambiguo. Signo de esperanza. Signo de interrogación. Tanto depende el porvenir de este continente de lo que hace la Iglesia! De ahí que tanta atención se ha fijado en esta conferencia de los obispos de América Latina. ¿Qué diremos? ¿Qué proyectaremos?

Es urgente que hablemos y que actuemos. Pero lo más importante, en cuanto signo, es que seamos Iglesia, unidos en el amor, que es el signo que el Señor mismo señaló para que se reconociera a su Iglesia. Toda justicia, paz y unidad que predicamos al mundo depende de cuánto nosotros seamos signo de unidad. No sea que el nudo de divisiones entre nosotros no permita que se oiga nuestra predicación a los demás. En la práctica, el individualismo nos separa mucho: cada congregación religiosa en sus obras, cada párroco en sus proyectos, cada movimiento apostólico con sus adeptos, cada obispo con sus problemas: cada uno tan preocupado por su actividad que apenas se da cuenta de los demás. Nos precisa el ejemplo de un párroco que moviera sus feligreses para ayudar a parroquias más pobres; a obispos que hiciéramos lo mismo. Esto comienza a realizarse. La ayuda de nuestros hermanos europeos y norteamericanos nos sirve de ejemplo para esta comunidad de propósitos de acción y de bienes. Nuestras Conferencias Episcopales —el CELAM— todo denota un gran esfuerzo hacia la unidad.

La visita del Santo Padre es un gran signo y un gran incentivo a que vivamos la caridad, cimentada y vinculada en la Eucaristía. Esta misma Conferencia General es un gran signo de la unidad que poseemos y de la mayor unidad que deseamos. La pastoral de conjunto, la acción, se funda en la unidad de criterios y de caridad, *cor unum et anima una*, a todo nivel.

Debemos acordar estos criterios generales aquí, adaptables a cada lugar y persona, movidos por el Espíritu hacia la unidad que deseamos promover en nuestra Iglesia continental y en nuestras iglesias locales, como un signo que apela a la unidad efectiva de nuestros pueblos en la justicia y en la paz.